

Du Roy levantó la mano para alumbrar bien su imagen y la de Magdalena.

— He aquí dos millonarios que pasan, dijo con aire de triunfo.



VII



La conquista de Marruecos era un hecho desde hacía dos meses.

Francia, dueña ahora de Tánger, poseía toda la costa africana del Mediterráneo hasta la regencia de Trípoli y había garantizado la deuda del nuevo país anexo.

Decíase que dos ministros habían ganado una veintena de millones en el negocio y hasta se citaba en voz alta el nombre de Laroche Mathieu.

En cuanto á Walter nadie ignoraba en París que había hecho jugada doble y aumentado su caja por treinta ó cuarenta millones que el empréstito le había producido, con más

otros, ocho ó diez procedentes del negocio de minas de cobre y de hierro y de la venta de terrenos inmensos comprados por nada antes de la conquista y revendidos á compañías de colonización al día siguiente de la ocupación francesa.

En pocos días se había convertido en uno de los dueños del mundo, uno de esos rentistas omnipotentes, más poderosos que los reyes, ante los que todas las cabezas se inclinan y tartamudean todos los labios dando salida á cuanto de bajeza, de cobardía y de envidia hay en el fondo del corazón humano.

Ya no era el judío Walter, jefe de un bando de moralidad dudosa, director de un periódico sospechoso, diputado tenido por chanchullero. Era simplemente el señor Walter, rico israelita. Y, en efecto, quiso demostrar que lo era. Sabiendo que el príncipe de Carlsbourg, que poseía uno de los más hermosos hoteles de la calle del Arrabal de San Honorio, se encontraba en apuros de dinero, le propuso comprar dicho inmueble, cuyo jardín daba á los Campos Elíseos, y comprárselo en veinticuatro horas con todo su mobiliario, y sin que hubiese que cambiar de sitio una sola butaca. Walter ofrecía tres millones y el príncipe aceptó tentado por la suma.

Al día siguiente se instalaba Walter en su nuevo domicilio.

Entonces se le ocurrió otra idea, una verdadera idea de conquistador que quiere apoderarse de París, una idea á lo Bonaparte.

Toda la ciudad acudía en aquel momento á contemplar un gran cuadro del pintor húngaro Karl Marcowitch, que estaba expuesto en casa del perito Jacobo Lenoble y representaba al Cristo caminando sobre las olas.

Los críticos de arte declaraban entusiasmados que aquel lienzo era la obra maestra del siglo.

Walter le adquirió por quinientos mil francos y de la noche á la mañana cortó la corriente de curiosidad establecida entre el público, obligando á París entero á que hablase de él para envidiarle, vituperarle ó aprobarle.

Después hizo decir en los periódicos que Mr. Walter invitara á todas las personas conocidas en la buena sociedad parisiense para que una noche contemplaran en su casa la obra magistral del pintor húngaro, á fin de que no se pudiese decir que había secuestrado una obra de arte.

Su casa estaría abierta y todo el que quisiera podría ir, bastándole presentar la esquila de invitación que estaba redactada en estos términos: « Mr. y M^{me} Walter ruegan á Vd. les haga el honor de acudir á su casa, el día 30 de diciembre de 9 á 12 de la noche, para ver el lienzo de Karl Marcowitch titulado: « Jesús caminando sobre las olas ». El cuadro estará iluminado con luz eléctrica. »

La esquila tenía además una posdata, escrita con letra pequeña, que decía: « Se bailará después de media noche. »

Por lo tanto todos aquellos que quisieran quedarse se quedarían y entre ellos reclutarían los Walter sus amistades para lo sucesivo.

Los demás contemplarían con curiosidad mundana é insolente, á los propietarios, al hotel y al cuadro, y entre ellos algunos mirarían todo con indiferencia, yéndose unos y otros lo mismo que entraron. Pero el viejo Walter sabía bien que volverían del mismo modo que habían vuelto á casa de sus hermanos los israelitas, que se habían enriquecido como él.

Lo primero que le interesaba, era que entrasen en su casa todos los títulos tronados que citan á diario los periódicos, y esos entrarían para ver la cara de un hombre que había ganado cincuenta millones de francos en seis semanas, para ver y contar á los demás que fueran, y todavía entrarían en su casa porque había tenido el buen gusto y la habilidad de invitarlos á admirar un cuadro cristiano en casa de un judío.

Parecía como si quisiera decirles :

« Ya lo veis, he pagado quinientos mil francos por la obra maestra de Marcowitch *Jesús caminando sobre las olas*. Y esa obra maestra estará siempre en mi casa, á mi vista, en casa del judío Walter. »

En el mundo elegante de las duquesas y del Jockey Club se había discutido mucho aquella invitación, que no comprometía, realmente, á nada. Se podría ir allí lo mismo que se va á casa de Mr. Petit para ver las acuarelas. Los Walter poseían una obra maestra y abrían sus puertas una noche para que todo el mundo pudiese admirarla. ¿Había nada mejor?

Desde hacía quince días *La Vida Francesa* venía publicando cada mañana un eco acerca de la *soirée* que debía de celebrarse el 30 de diciembre y se esforzaba por despertar la curiosidad pública.

Du Roy estaba rabioso del triunfo de Walter. Se había considerado rico con los quinientos mil francos arrancados á su mujer y ahora se consideraba pobre al comparar su mezquina fortuna con la lluvia de millones caída en derredor suyo, sin que él se hubiese dado maña para recoger nada.

Su cólera envidiosa aumentaba de día en día. Odiaba á todo el mundo, á los Walter, á cuya casa no había vuelto más, á su mujer que engañada por Laroche le

había disuadido de tomar papel marroquí, y odiaba sobre todo al ministro, que le había burlado, se había servido de él y comía á su mesa dos veces por semana. Jorge le servía de secretario, de agente, de porta-plumas, y muchas veces al escribir lo que el ministro le dictaba sintió deseos de extrangular á aquel fantasmón triunfante. Como ministro, Laroche obtenía éxitos modestos, y á fin de conservar su cartera, cuidaba de no dejar adivinar que estaba hinchado de oro.

Pero Du Roy sentía ese oro en la frase ahora más activa del advenedizo abogado, en sus actitudes más insolentes, en sus afirmaciones más atrevidas, en la absoluta confianza que tenía en sí mismo.

Laroche reinaba en la casa Du Roy; había tomado la plaza y las maneras del conde de Vaudrec y hablaba á los criados como lo haría un segundo amo.

Jorge se lo toleraba pero estremeciéndose de coraje como un perro que quiere morder y no se atreve; en cambio era duro y brutal con Magdalena que se encogía de hombros y le trataba como á un niño mal criado, extrañándose de aquel mal humor constante :

— No te comprendo, le decía muchas veces; estás siempre como si hubiera que tenerte lástima y sin embargo tienes una posición soberbia.

Du Roy volvía la espalda y no respondía nada.

Había declarado resueltamente que no iría á la fiesta de los Walter y que no pondría más los pies en la casa de aquel puerco judío.

M^{me} Walter hacía dos meses que le escribía diariamente suplicándole que fuese á verla, que le diese una cita donde él quisiera á fin de hacerle entrega, decía ella, de los setenta mil francos que había ganado para él.

Jorge arrojaba al fuego aquellas cartas desesperadas,

y no respondía á ninguna, no porque hubiese renunciado á recibir su parte de beneficio sino porque quería exasperarla, volverla loca, tratarla con desprecio y hollarla bajo sus pies. ¡Era demasiado rica! Razón bastante para que él quisiera mostrarse orgulloso.

El día mismo de la exposición del cuadro, como Magdalena le manifestase que cometía una gran falta no yendo, respondió :

— Déjame en paz. Yo me quedo en mi casa.

Pero luego, después de comer dijo de pronto :

— Sin embargo, vale más pasar por esta humillación. Prepárate pronto y vamos.

Magdalena, que lo había previsto, contestó :

— En un cuarto de hora estoy lista.

Du Roy se vistió refunfuñando y hasta en el mismo coche continuó expectorando su bilis.

El patio de honor del Hotel de Carlsbourg estaba iluminado en los cuatro ángulos, por cuatro globos eléctricos que parecían pequeñas lunas azuladas. Las gradas de la alta escalinata estaban cubiertas por una alfombra magnífica y en cada una de ellas había un hombre vestido de librea y tieso como una estatua. Al ver aquello, Du Roy murmuró en son de burla, mientras que con el corazón roído por la envidia subía los tramos de la escalinata :

— He aquí una cosa para dejar á cualquiera turulato.

— Cállate y haz tú otro tanto, le respondió su mujer.

Los dos esposos entraron y entregaron sus pesados vestidos de salida á los domésticos, los cuales se adelantaban para recogerlos.

Algunas señoras acompañadas de sus maridos, se desembarazaban igualmente de sus abrigos, y por todas partes se oía decir :

— ¡Qué hermoso es todo esto!

El enorme vestíbulo, del cual á derecha é izquierda partían los dos brazos de una escalera monumental para confundirse luego en el primer piso, estaba colgado de tapicerías magníficas que representaban la aventura de Marte y de Venus. El pasamano era una maravilla de hierro forjado y su vieja y amortiguada doradura reflejaba resplandores discretos á lo largo de las gradas de rojo mármol.

Á la entrada de los salones dos niñas pequeñas vestidas de Locuras, una en traje azul y en color rosa la otra, ofrecían ramilletes á las señoras.

El público, que era ya numeroso en los salones, encontraba aquello encantador.

La mayor parte de las señoras habían ido vestidas en traje de calle como para indicar que iban allí como iban á todas las exposiciones particulares. Las que tenían el propósito de quedarse para el baile llevaban desnudos los brazos y la garganta.

Mme Walter se encontraba rodeada de amigas en la segunda pieza y respondía á los saludos de los visitantes. Muchos no la conocían y se paseaban como en un museo sin ocuparse para nada de los amos de la casa.

Así que vió á Du Roy se puso livida é hizo un movimiento como para salir á su encuentro, pero permaneció luego inmóvil esperando. Jorge la saludó ceremoniosamente mientras que Magdalena la abrumaba á cumplidos y ternuras. El periodista dejó á su mujer entonces al lado de su directora y se perdió entre el público para poder oír las murmuraciones malévolas que no debían faltar seguramente.

Cinco hermosos salones se sucedían unos á otros

colgados todos de telas preciosas, de bordados de Italia, de tapices de Oriente con matices y estilos distintos é igualmente pendían de las paredes diversos cuadros antiguos de grandes maestros. La gente se detenía sobre todo para admirar una pequeña pieza Luis XVI que era una especie de saloncillo acolchado en seda con ramilletes rosa sobre un fondo azul pálido. El mobiliario de sillas y butacas era de madera dorada y de una admirable elegancia y todo él estaba cubierto por una tela semejante á la de las paredes.

Jorge reconoció entre el público á buen número de personas célebres. Allí estaban la duquesa de Ferracina, el conde y la condesa de Ravenel, la bella marquesa de las Dunas, el general príncipe d'Andremont y todo ese mundo que se ve en los estrenos teatrales.

Du Roy se sintió cogido del brazo al mismo tiempo que una voz juvenil, una voz dichosa le murmuraba al oído :

— ¡ Ah! bribón de Buen Mozo, que al fin ha parecido Vd. ¿ Por qué no se le ha visto más ?

Era Susana Walter que le miró luego con aquellos ojos de fino esmalte, lucientes y alegres bajo la rizada nebulosa de sus cabellos rubios.

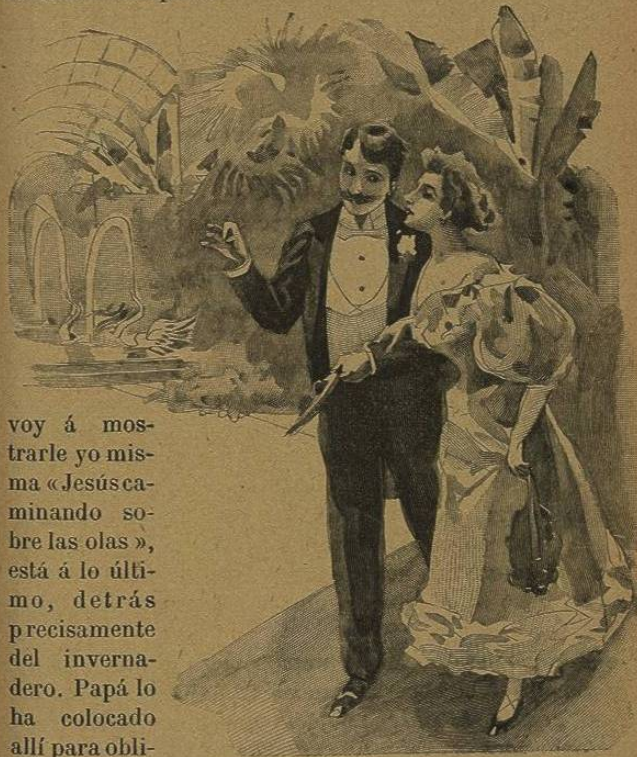
El periodista se alegró mucho de volverla á ver y la estrechó francamente la mano, excusándose en seguida con sus muchas ocupaciones que le habían impedido visitar la casa :

— No he podido absolutamente. Durante dos meses he tenido tanto que hacer que no he salido.

Susana repuso con aire serio :

— Ha obrado mal, muy mal, muy mal. En casa lo hemos sentido mucho, porque mamá y yo le adoramos. En cuanto á mí no puedo acostumbrarme á no verle, hasta el punto de que me fastidio á morir. Ya ve Vd.

que se lo digo sin ambages á fin de que no se crea con derecho á desaparecer de ese modo. Deme Vd el brazo,



voy á mostrarle yo misma « Jesús caminando sobre las olas », está á lo último, detrás precisamente del invernadero. Papá lo ha colocado allí para obligar de ese modo á la gente á que recorra todo lo demás de la casa. Es una cosa extraordinaria lo orgulloso que está papá con este hotel.

Du Roy y Susana pasaban despacio á través de la muchedumbre de visitantes, y muchos se volvían para

contemplar aquel guapo muchacho al lado de aquella muñeca encantadora.

Un pintor conocido exclamó al verlos :

— Vaya una parejita soberbia, como todo lo de aquí, es un cuadro delicioso.

Jorge iba diciendo para sí :

— De haber yo sido verdaderamente fuerte, con ésta es con quien me hubiera casado. Y, sin embargo, era posible. ¿Cómo no se me ocurrió? ¿Qué idea me vino de dirigirme á la otra? ¡Qué locura! Se obra siempre de prisa, nunca se reflexiona lo bastante.

La envidia, una envidia amarga le caía gota á gota en el corazón como hiel que corrompiese todas sus alegrías é hiciese odiosa su existencia.

— Venga Vd. á vernos con frecuencia, Buen Mozo, y ahora que papá es tan rico haremos locuras. Verá Vd. cómo nos divertimos, lo mismo que dos locainas.

Du Roy respondió preocupado siempre con su idea :

— ¡Oh! ahora Vd. se casará con algún príncipe guapo y algún tanto arruinado, y apenas si nos veremos.

— ¡Oh! no, exclamó Susana con franqueza, ¡todavía no! yo quiero uno que me guste, que me guste mucho, que me guste absolutamente. Soy bastante rica para dos.

El periodista sonreía con una sonrisa irónica y altiva y comenzó á nombrarla algunas gentes de las que pasaban, gente de la antigua nobleza que habían vendido sus enmohecidos títulos á hijas de banqueros, como lo era ella, y que ahora vivían cerca ó lejos de sus mujeres pero libres, con verdadera impudencia, conocidos y respetados.

— Niseis meses siquiera se han de pasar sin que Vd. trague el anzuelo, y entonces como será Vd. la señora

marquesa, la señora duquesa ó la señora princesa, me mirará Vd. de muy alto, señorita Susana.

La joven se indignaba de la suposición y, dándole con el abanico en el brazo, juraba y perjuraba que no se casaría sino con el elegido de su corazón.

— Ya lo veremos, repetía riendo el periodista. Es Vd. demasiado rica.

— Pero Vd. también lo es, repuso ella. Es Vd. dueño de una herencia.

— ¡Oh! respondió con indiferencia Jorge. No hablemos de eso. Apenas si son veinte mil francos de renta y eso, en los tiempos que corren, no es gran cosa que digamos.

— Y su esposa de Vd. ha heredado también.

— Sí. Un millón para los dos que hacen cuarenta mil francos de renta. Ni siquiera podemos permitirnos tener coche.

Llegaban ya al último salón. Enfrente de ellos abríase el invernadero, un amplio jardín de invierno repleto de grandes árboles de los países cálidos y en el que se daba abrigo á algunos macizos de flores raras. Al entrar bajo aquella sombría verdura, en donde la luz se deslizaba como si fuera un aguacero de plata, se respiraba el tibio frescor de la tierra húmeda y un soplo saturado de perfumes. Experimentábase una sensación extraña, suave, malsana y encantadora, facticia, enervante y blanda.

Caminábase sobre alfombras que parecían musgo entre dos espesuras de arbustos. Du Roy vió de pronto á su izquierda, bajo una amplia cúpula de palmeras, un vasto pilón de mármol blanco, en el que cualquiera hubiera podido bañarse, y sobre cuyos bordes cuatro grandes cisnes de porcelana de Delft dejaban caer el

agua por sus picos entreabiertos. El fondo del pilón estaba alfombrado de polvo de oro y veíanse nadar dentro del pequeño estanque algunos enormes peces encarnados, especie de monstruos chinos de un género original con los ojos saltones y las escamas bordadas de azul, algo así como mandarines de las ondas que, errantes y suspendidos sobre aquel fondo de oro, recordaban los extraños bordados de los Hijos del Cielo.

El periodista se detuvo con el corazón palpitante de emoción : « Esto es verdaderamente lujo, se decía. Estas son las casas donde es preciso vivir. Otros han llegado á conseguirlo ¿ por qué no lo conseguiré yo ? »

Y al buscar los medios de que debía valerse, como éstos no se le presentaban en el momento, se irritaba contra su impotencia.

Su amiguita no hablaba más y se mostraba algún tanto pensativa. Du Roy la miró á hurtadillas y todavía una vez más pensó : « Sin embargo, bastaría casarse con esta muñequita de carne. »

Pero Susana pareció despertarse de repente :

— ¡ Aquí es ! dijo, y empujó á Jorge á través de un grupo que obstruía su camino obligándole bruscamente á echar por la derecha.

En medio de un bosquecillo de plantas singulares que agitaban al aire sus hojas temblorosas, abiertas como manos que tuviesen los dedos muy delgados, veíase un hombre inmóvil de pie sobre el mar.

El efecto era sorprendente. El cuadro tenía ocultos los bordes entre la móvil verdura y parecía un agujero negro en un sitio lejano, fantástico, sorprendente.

Era preciso fijarse bien para comprender. El cuadro cortaba por en medio la barca en que se encontraban los apóstoles, que aparecían iluminados apenas por los

rayos oblicuos de una linterna. Uno de los apóstoles sentado sobre los bordes proyectaba toda la luz sobre Jesús que se acercaba á ellos. El Cristo adelantaba un pie sobre una ola. Se veía á ésta ahuecarse, sumisa, aplanaada, cariñosa bajo el divino paso que la hollaba con su planta. Todo aparecía oscuro y sombrío en derredor del Hombre Dios. Únicamente las estrellas brillaban en el cielo.

Las caras de los apóstoles parecían convulsas por la sorpresa, bajo los tenues y vagos resplandores de la linterna llevada por el que mostraba al Señor.

Había allí realmente la obra poderosa é inesperada de un maestro, una de esas obras que trastornan la mente y dejan años y años en el espíritu un dulce y poético arrobamiento.

Las gentes que contemplaban aquello permanecían silenciosas primero y se retiraban luego pensativas sin hablar del valor del cuadro hasta pasados algunos momentos.

Du Roy que le examinó algún tiempo exclamó :

— Es una felicidad poderse pagar entretenimientos de esta naturaleza.

Pero como se le tropezaba y se empujaba para que permitiera ver, se marchó de allí guardando siempre bajo su brazo la linda manecita de Susana que estrechaba ligeramente.

— ¿ Quiere Vd. beber una copa de Champagne ? le preguntó la joven. Vamos al buffet. Allí encontraremos á papá.

Ambos atravesaron lentamente todos los salones en donde la multitud se agrandaba, bulliciosa como si estuviese en su propia casa, una multitud elegante de espectáculo.

De repente le pareció á Jorge haber oído pronunciar :
— Es Laroche con M^{me} Du Roy.

Aquellas palabras sonaron en su oído como esos rumores lejanos que se transmiten con el viento. ¿De dónde venían?

Miró por todos lados y vió efectivamente á su mujer, que pasaba del brazo del ministro. El uno y el otro hablaban muy bajito de una manera íntima, sonrientes y mirándose en los ojos.

El periodista se imaginó observar que se cuchicheaba al mirarlos y sintió un deseo brutal y estúpido de saltar sobre aquellos dos seres y molerlos á puñetazos.

Su mujer le ponía en ridículo y Jorge se acordó de Forestier. Tal vez la gente diría :

« Ese cornudo de Du Roy... » ¿ Quién era ella? Una advenediza bastante sagaz aunque á decir verdad sin condiciones sobresalientes. La gente iba á casa de él porque se le temía, porque se le consideraba fuerte, pero no había duda de que debía de criticarse sin duelo aquel matrimonio de periodistas. Jamás él llegaría á gran cosa al lado de aquella mujer, cuyas maneras de intrigante hacían su casa sospechosa teniéndole por consiguiente atado de pies y manos. ¡ Ah! si él hubiese adivinado, si hubiera sabido! ¡ Cómo habría jugado más amplia, y más fuerte y más acertadamente! ¡ Qué soberbia partida hubiera ganado poniendo á Susanita como envite! ¿ Pero cómo había estado tan ciego para no comprenderlo?

Abstraído iba Jorge en estas reflexiones cuando llegaron al comedor que era una pieza inmensa con columnas de mármol tapizada de vieja tela de Gobelinos.

Walter divisó á su cronista y se lanzó hacia él para estrecharle las manos. Estaba ebrio de felicidad :

— ¿ Ha visto Vd. todo? ¿ Dí, Susana, le has mostrado todo? ¡ Cuánta gente! ¿ no es verdad, Buen Mozo? ¿ Ha visto Vd. al príncipe de Guerche? Hace un momento que ha venido á beber un vaso de ponche.

Luego corrió hacia el senador Rissolin quien llevaba colgada de su brazo á su mujer, una señora aturdida y pesada y tan compuesta que parecía una tienda de feria.

Un caballero saludó al pasar á Susana. Era un joven alto y delgado, con patillas rubias, un poco calvo y con ese aire de buena sociedad que se reconoce en seguida. Jorge le oyó nombrar : era el marqués de Cazolles, é inmediatamente sintió celos de aquel hombre. ¿ Desde cuándo le conocía Susana? ¿ Sin duda desde que Walter se había hecho archimillonario?

Y Du Roy vió en aquel joven un pretendiente.

Alguien acababa de tomar á Du Roy del brazo. Era Norberto de Varenne, el viejo poeta, que con aire de fatiga y de indiferencia paseaba su grasienta melena y su frac deslucido y cansado.

— Á esto se llama divertirse, dijo el poeta. Ahora se bailará, después se irá la gente á la cama y las niñas estarán contentas. Tome Vd. champagne, es excelente.

Varenne se hizo llenar una copa y chocando su copa con la de Du Roy que había tomado otra, brindó :

— Por la revancha del *esprit* sobre los millones.

Y luego agregó en voz baja :

— No es que me incomode que los demás los tengan, ni que los desee tampoco, pero protesto contra ellos por principio.

Jorge no le escuchaba. Con la vista buscaba á Susana que acababa de desaparecer con el marqués de Cazolles, y abandonando bruscamente á Norberto de Varenne, Du Roy se fué en seguimiento de la joven.

Una nutrida barauúnda de gente que deseaba beber obstruyó el paso al periodista y ya que logró franquearla se encontró de manos á boca con el matrimonio Marelle.

Jorge había seguido viendo siempre á la mujer, pero hacía ya mucho tiempo que no veía al marido. Éste le estrechó las dos manos con efusión :

— Cuánto le agradezco á Vd., amigo mío, el consejo que me dió por conducto de Clotilde. He ganado cerca de cien mil francos con el empréstito marroquí. Sin Vd. no los hubiera ganado. Puede decirse que es Vd. un amigo precioso.

Algunos hombres se volvían hacia el grupo para mirar aquella elegante y hermosa morena.

— Á cambio de ese servicio, querido amigo, le tomo á Vd. su señora ó mejor dicho le ofrezco mi brazo. Conviene siempre separar á los esposos.

M. de Marelle se inclinó :

— Es muy justo. Si les pierdo á Vds. de vista nos encontraremos aquí mismo dentro de una hora.

— Perfectamente.

Los dos jóvenes penetraron á través del inmenso gentío seguidos por el marido.

— Qué suerte loca tienen estos Walter, dijo ella. Lo que es después de todo el tener inteligencia para los negocios.

— ¡Bah! Los hombres fuertes llegan siempre adonde se proponen, ya por un medio, ya por otro.

— He aquí dos muchachas cada una de las cuales tendrá de veinte á treinta millones. Sin contar con que Susana es bonita.

Duroy no contestó nada. Le irritaba su propio pensamiento salido de otra boca que la suya.

Clotilde no había visto todavía « Jesús caminando sobre las olas » y Jorge la propuso ir hasta el invernadero para verle. Ambos se divertían criticando de las gentes y burlándose de las caras que no conocían.

Saint-Potin pasó cerca de ellos adornado con numerosas condecoraciones en el reverso del frac y aquello les divirtió mucho. Un antiguo embajador que venía detrás no ostentaba tantas condecoraciones en su brocheta.

— ¡Qué sociedad tan ridícula! exclamó Du Roy.

Boisrenard,

que en aquel momento se acercó á estrecharle la mano, había también adornado su ojal con la misma cinta verde y amarilla que se puso el día del duelo de Du Roy.

La vizcondesa de Perceur, enorme siempre y muy compuesta, hablaba con un duque en el saloncillo Luis XVI.

